

Huber de Jesús Martínez, alias Pingüino
Medellín – Antioquia

“La galería mía son las carreteras de todo el país”

Las chivas, también conocidas como berlinas, o buses de escalera, han servido durante décadas como medio de transporte en las zonas rurales de Colombia y han llegado a convertirse en símbolo de identidad nacional. En aquellas regiones lejanas y apartadas, donde a mediados del S.XX la única manera de movilizarse entre las veredas y los pueblos eran las mulas, los nuevos vehículos motorizados conocidos como ‘chivas’, se constituyeron como la mejor opción de transporte. Desde ese entonces los campesinos esperan desde temprano la chiva para llevar al mercado sus alimentos y animales para vender. La carrocería abierta a los lados y la posibilidad de acomodar los bultos, costales, muebles y animales sobre el techo, da la sensación de haber cabida para todos.

Con un sinfín de historias a cuestas, su estructura permite recorrer escarpados caminos, valles extensos y empinadas montañas. Los colores, figuras y paisajes típicos que decoran las chivas, son encanto para quienes las ven recorrer carreteras y caminos. Estas obras de arte, portadoras de sueños y cultura, son el resultado del arduo trabajo de admirables artistas que desde sus talleres, decoran las chivas con entrega y pasión. Este es el caso de Huber de Jesús Martínez, más conocido como Pingüino, incansable maestro y decorador de chivas o buses de escalera, quien lleva 28 años llenando de vida las carreteras y caminos de Colombia con el colorido que deja plasmado en las chivas.

Pingüino, nació en el año 1970 como parte de una familia obrera de Medellín y es el sexto de ocho hijos. Después de estudiar hasta noveno de bachillerato, se dedicó a aprender mecánica automotriz y más adelante, cuando tenía 15 años, su madre le aconsejó que buscara a su primo Jorge Arnoldo Betancur, alias ‘Tarzán’, para instruirse en el arte de decorar chivas. Fue así como Pingüino empezó a trabajar en el “Taller Barú”, como ayudante del ‘brochero’, o encargado de pintar los fondos de las chivas. Cuando los demás salían a tomar café, Pingüino ensayaba las figuras geométricas, o ‘gambetas’ y después de cuatro años ya decoraba una chiva completa; dice que desde ese entonces le ‘cogió amor a este arte’ y siguió desempeñándose como decorador.

Con el tiempo aprendió a manejar las pinturas a base de esmalte y se volvió un experto en dibujar las figuras geométricas. Pingüino ha tenido varios alumnos y desde hace un tiempo empezó a enseñarle a Alexander Torres, un joven artista que quiso aprender el oficio. Alex describe a su maestro como ‘un símbolo’ de este arte, ya que es de los últimos de su generación que aún se dedican al decorado de chivas en Medellín. En palabras del alumno, este arte es como un lenguaje, “que lo conoce la gente que está metida en este gremio (...) en el que la inspiración viene más bien como un poema, pero un poema basado en a quién se lo vamos a escribir”.

Alex cuenta que aunque las figuras dibujadas puedan ser las mismas, nunca se combinan igual, ya que “son como unas notas musicales y las desordenan cada vez más”. Tal como explica Pingüino, estas figuras, no llevan nombre, ni tienen historia, son figuras que “Uno trabaja con puro albedrío”, ya que como artista puede escoger lo que va a dibujar, lo que va saliendo de la imaginación y “para donde vaya cogiendo el compás”, ya que “El artista nunca piensa, lo que se le va viniendo a la cabeza, lo va expresando”. En palabras del maestro, el trabajo de la decoración consiste en saber llenar espacios y saber utilizarlos. De esta manera, cuando llega a su taller, coge el compás para dibujar las figuras y se olvida de todo lo demás, hasta llegar a un diseño frente al que diga ‘ese es’. Con el tiempo, Pingüino ha ido puliendo este oficio, aprendido de manera empírica y ha ido desarrollando un estilo o sello propio.

Alex, quien reconoce desde lejos las figuras dibujadas por su maestro, dice que se diferencia de los demás decoradores por trabajar figuras pequeñas, las cuales requieren de gran maestría y dice que “cada vez es más osado con el color”. Esto lo confirma el propio maestro quien afirma que su propio estilo está basado en el uso de colores vivos y alegres. Según su alumno, el estilo y el ritmo de la decoración de Pingüino son como una receta, “Tiene el color preciso en las cantidades exactas”. Antes de empezar a decorar una chiva, el maestro mira el color del fondo, el cual por lo general escoge el dueño de la chiva y a partir de esto Pingüino empieza a componer, haciendo sus propias mezclas entre los colores primarios, el blanco y el negro. Es así como “depende del fondo del vehículo uno va sacando los diseños los colores, se va uno inspirando eso en el momento, eso no tiene uno una plantilla o un croquis”.

Sobre el fondo listo, Pingüino hace unas franjas o fajas de colores horizontales, las cuales van de lado a lado de la chiva, sobre las cuales marca los trazos, o rayas que le permiten mantener la simetría cuando dibuja las figuras. El trazado es lo primero que Pingüino enseña a sus aprendices ya que “si las cosas están bien trazadas, quedan bien hechas”. De esta manera, Pingüino hace pequeñas rayas que sirven como bases para poder trabajar las figuras en series. Una vez ‘trazada’ la chiva, Pingüino explora las figuras en una sola lámina y, una vez está satisfecho con la figura, repite la misma en las siguientes láminas, logrando así un trabajo simétrico. Si bien va llevando las medidas en un papel, no tiene las medidas exactas de una regla. De esta manera, el trabajo consiste en saber manejar el espacio disponible en cada una de las láminas, pensando “qué gambetica le puedo sacar a este espacio”; es así como va dando forma a la composición.

El color del fondo de la chiva es el que marca la pauta para el proceso de decorado, ya que a partir de éste, Pingüino empieza a combinar los colores con tonalidades claras y oscuras, tendiendo siempre a los colores vivos y siendo el blanco el que les da profundidad a las figuras. De esta manera, Pingüino trabaja composiciones únicas para cada una de las chivas buscando una armonía en el manejo del espacio y del color. Pingüino insiste que “en esto tiene uno que estar innovando a diario, tratando de sacar cosas diferentes”.

Además de su maestría en el dibujo de figuras geométricas, Pingüino también dibuja los paisajes costumbristas, aludiendo a paisajes campesinos, o “cosas alegóricas a la región, como aquí en Antioquia no vemos sino ríos y quebradas y valles y montes, entonces como uno siempre sale por ahí a esos pueblos, a esas veredas entonces uno qué paisaje tan bonito pa’ pintarlo, como una llanura, hay muchos diseños”. Hay casos en que los dueños de las chivas piden alguna imagen o escena tales como el “Sagrado Corazón de Jesús”, “El tremendo lío”, en el que un señor a punto de caer de un árbol tiene un caimán debajo esperándolo; o “Dos caminos”, en el que se dibuja el camino ‘del bien’ y ‘del mal’. Además de esto se dibuja el nombre de la chiva, en el que a veces Pingüino participa. Algunas de las chivas pintadas por este maestro son “El Rey de Oriente”; “La Coqueta”; “Bizcocho”; “El Turpial”; “Guarne”; “El azulejo”; “El Ángel” y “La tirana”.

Pingüino cuenta que siempre ha estado rodeado de maestros, de quienes ha aprendiendo el oficio de la pintura o decorado de chivas. Como cuenta Alex, ‘Tarzán’ fue una inspiración muy grande para Pingüino, al igual que lo fueron los viajes y recorridos que hizo con él, cuando los llamaban de diferentes pueblos de Antioquia para que decoraran las chivas de la región. Además de las ‘chivas rumberas’ y ‘chivas trocheras’, Pingüino ha decorado guitarras, láminas, sillas y otros objetos utilizando la misma técnica.

Caracterizado por su paciencia y motivado por la pasión al oficio, dedica el tiempo necesario para decorar cada chiva, obteniendo como resultado una gran obra de arte, la cual entra a hacer parte de ese museo rodante. Consciente de la premura del tiempo para que las chivas regresen a las carreteras a trabajar, advierte a sus clientes sobre el tiempo necesario para lograr el decorado, aclarando siempre que “lo bueno lleva tiempo”. Su estilo y perfeccionismo lo han convertido en un símbolo del oficio y actualmente muchos clientes viajan hasta Medellín buscando a este artista para que decore sus chivas, difundiendo así sus figuras por todo el país.

Actualmente Pingüino se dedica a este oficio de tiempo completo en el taller “Carrocerías El Triunfo”, en el barrio Zamora de Medellín, en donde comparte con los demás trabajadores que arreglan las chivas, a quienes Pingüino reconoce como sus curadores de arte. Pingüino cuenta que puede llegar a decorar de 20 a 30 chivas al año, lo cual varía dependiendo del número de personas que le estén ayudando y si las chivas llegan para retoque o para decorarlas desde el principio. Aunque Pingüino trabaja durante largas jornadas, dice que él no lo toma como un trabajo sino como una pasión y como una “forma de expresarme”. Asegura que el oficio requiere una fuerte disciplina y dedicación, las cuales combina con una perdurable sonrisa y sentido del humor. Cuando Pingüino entrega una chiva terminada al cliente, “les da la bendición y ya”, sin saber cuáles caminos y carreteras su obra de arte irá a recorrer. En los pueblos cercanos a Medellín, es posible identificar las chivas pintadas por este maestro, las cuales llevan un colorido y alegre letrero que dice: Pintor: PINGÜINO.

Bibliografía

Hormaza, Manuel (1994) “Pitalito”. En: Pueblos de Barro. Editorial Colina: Medellín.

Ríos Osorio, Jorge Alirio (2004) “El nostálgico encanto de la chiva”. En: Galería Mundo. Revista 11. Bogotá. Pp.23.